

Los criados se colocaron uno á cada lado, y levantaron suavemente el sillón en que estaba el pobre moribundo.

—Por fortuna—dijo Marcela al oído de la joven,—hace dos días escribí al señor doctor y á un santo religioso llamado el padre Ambrosio, y esta misma noche deben llegar aquí.

—¡Un médico!—exclamó Margarita con acento de gratitud.—¡Ah, qué bien has hecho, mi buena Marcela!... En todo piensas, cuando á mí nada se me ocurre...

Sonrióse la anciana tristemente, y nada contestó.

—En cuanto al confesor—prosiguió la Baronesa...—me parece que aún no le necesita, ¿no es verdad? Eso será un desmayo como el de ayer...

Y estremeciéndose de terror, y juntando con fuerza sus manos, murmuró con ahogada voz:

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! Vos no querréis causarme tanto dolor...

Marcela volvió el rostro para ocultar su llanto, y ambas siguieron el triste convoy. La pobre niña ya no lloraba: la vehemencia del dolor había secado sus lágrimas; pero estaba pálida, y en sus facciones se retrataba una sombría desesperación.

CAPÍTULO SEGUNDO

EL MORIBUNDO

Eran las ocho de la noche; la luna clara y pura de Mayo iluminaba los campos y el jardín de la quinta; ni la más leve brisa movía las ramas de los altos álamos, cuyas verdes y frondosas copas se veían bañadas de una tibia claridad.

Toda la casa estaba conmovida, y aunque ninguno de los numerosos criados que componían la servidumbre hablaba en voz alta, se notaba en todas partes el sordo murmullo que precede á las grandes crisis.

Había, sin embargo, un aposento en el piso bajo, en el cual reinaba un profundo silencio: allí agonizaba el Barón. El aspecto de esta habitación, sin tener nada de lúgubre, era triste en extremo: un pálido fuego ardía en la chimenea, y las ventanas estaban cerradas, como si el viento helado de Enero hubiese zumbado detrás de los cristales; una lámpara, velada por una espesa gasa, derramaba su débil luz sobre un velador cubierto de frascos y medicinas, en el que habían colocado un termómetro y un reloj de instantes fijos.

El Barón estaba acostado, y sus hermosas facciones tenían ya impreso el sello de la muerte;

sus rasgados ojos, cerrados, estaban rodeados de un círculo hondo y azul; su cabeza, descubierta, se apoyaba en las almohadas, resaltando sobre la azulada batista su profusa cabellera negra y lustrosa como el azabache. Tenía entre las suyas una mano de Margarita, quien, inclinada sobre el lecho, le sostenía con su brazo izquierdo.

—Dame la bebida, Marcela—dijo la joven ama de gobierno, que en pie, delante del velador, se ocupaba en preparar una poción calmante.

Obedeció ésta, y Margarita acercó el vaso á los descoloridos labios del enfermo, que, después de beber una pequeña dosis, reclinó de nuevo su cabeza en el brazo de su esposa.

De repente abrió los ojos, y los fijó en el semblante de la joven, que sufría sin atreverse á respirar ni variar su molesta postura.

—Voy á hablarte..., Margarita—dijo con débil y cortada voz:—siéntate y escucha...

Obedeció la joven, apoyando suavemente la cabeza del enfermo en las almohadas, y se sentó en el sillón de la cabecera.

—Me muero..., Margarita—dijo el Barón, haciendo penosos esfuerzos para hablar.—No llores—prosiguió viendo á la pobre niña ahogada en sollozos;—sosiégate..., Margarita..., porque me queda muy poco tiempo... y es muy importante... lo que voy á decirte... Te dejo sola... sin amparo y perseguida... por un hombre... á quien no conozco..., que tal vez será indigno de tu amor...

—Alberto, Alberto, no me hables así por Dios—exclamó la pobre joven bañada en llanto, y cruzando las manos con suplicante ademán;—tú no morirás..., no...; vivirás para que yo te ame, para que, á fuerza de ternura, te pague lo que has hecho por mí...

—Ya está pagado con usura, pobre niña, con los cuidados filiales que me has prodigado... durante el mes que hace que estamos unidos... En cuanto á amarme..., te engañas si lo crees así; mi desconsuelo nace... de que Dios no me ha dado tiempo para hacerme amar de ti... ¡Amarme!...—prosiguió, después de una breve pausa;—¡amarme á mí!... ¿Y cómo era posible que una niña de diez y seis años amase... al cadáver con quien... se unió?

—¿Y cómo se llama entonces el sentimiento que me inspiras, Alberto?—exclamó Margarita, cuyas mejillas se animaron de un fugitivo carmín, y cuyos ojos azules brillaron de entusiasmo.—¿Qué nombre tiene ese sentimiento que me haría dar la vida por conservar la tuya?

—¡Eso... se llama... gratitud..., generosidad..., nobleza de alma..., sí..., todos estos nombres tiene..., pero no merece el de amor!...—murmuró el enfermo.—¡Ay!—prosiguió;—¡si yo hubiera vivido un año más siquiera..., creo que me hubieras amado..., Margarita!... ¡Yo habría sabido dejar en tu alma inocente... un amoroso recuerdo... y él sería el muro en que se estrellasen todos... los

proyectos de ese hombre... Pero yo merecía este castigo... ¡Hágase la voluntad de Dios!...

—Yo no he vuelto á verle desde que salí del convento—dijo Margarita con trémula voz.

—Lo sé—contestó el enfermo,—lo sé..., pobre niña...; pero yo sí le he visto, y he adivinado sus siniestras intenciones. Sabe que eres de otro hombre..., y quiere verte y seducirte... ¿Qué hará, pues, cuando te vea sola y desamparada?

El rumor de algunas voces, que altercaban fuera, interrumpió al Barón.

—Será el doctor—se dijo á sí misma la joven, en cuyos tristes ojos brilló un rayo de esperanza.

En aquel momento se abrió suavemente la puerta, y un criado apareció en el umbral; al verle parado y confuso, Margarita salió á su encuentro.

—¿Qué quieres, Pedro?—preguntó.

—Vengo á avisar á la señora—contestó el doméstico, inclinándose, que ha llegado el sacerdote...

—¡Un sacerdote!...—exclamó la Baronesa, cuyas facciones reflejaron un profundo terror,—¡un sacerdote! ¡Ay! No, no! ¡Un médico! Un médico es lo que necesita... ¡Pedro, toma mi coche, y marcha á buscarle!

—Que entre... Pedro—dijo el Barón.—Dios ha escuchado mi ruego, y me envía un confesor.

Inclinóse de nuevo el criado, é iba á salir; mas, al abrir la puerta, retrocedió dos pasos... Un religioso de la Orden de la Merced, envuelto en sus hábitos blancos como la nieve, estaba de pie en el umbral.

CAPÍTULO TERCERO

LA CONFESIÓN

El religioso se adelantó lentamente, y cerró detrás de sí la puerta; parándose en medio del aposento, le bendijo, según costumbre de los de su Orden, y se aproximó al lecho; mas al ver á Margarita, que sollozaba amargamente, echó aún más sobre la frente la ancha capucha que le cubría casi enteramente el rostro.

—Dios os guarde, hijos míos—dijo con serena y reposada voz.

En vez de responder, levantó el Barón la cabeza penosamente, y clavó sus ojos en el semblante del monje; empero nada pudo descubrir de su fisonomía.

—No se aflija usted así, pobre niña—continuó el religioso con cariñoso acento.—Dios es bueno; ¿quién sabe si verá usted salvo algún día al que ahora llora antes de tiempo?

Volviéndose luego al enfermo,

—¿No hay aquí nadie—preguntó—que se encargue de esta joven? Perdóne usted que le moleste, pero quisiera que me indicase á quién debo llamar.

—¡Ay! á nadie, padre, á nadie—exclamó el en-

fermo.—Esta desventurada... no tiene más que á mí en el mundo... Vete, Margarita—prosiguió dirigiéndose á la joven,—vete...; luego te llamaré, para que no te separes ya de mí.

Levantóse dócilmente la Baronesa y se dirigió llorando hacia la puerta; el religioso la acompañó hasta la antecámara y la encomendó á los cuidados de Marcela.

Volviendo después al aposento del enfermo, cerró la puerta.

—Vamos, hijo mío—dijo sentándose en el sillón que acababa de dejar Margarita á la cabecera del lecho:—vamos, ánimo. No mire usted en mí al confesor, sino al ministro del Dios de las misericordias.

—Escúcheme usted, padre—murmuró el moribundo con voz cada vez más débil.—Voy á depositar en su seno una falta... que me cuesta la vida, y cuyo recuerdo destroza mi corazón en esta hora terrible.

—¿Y por qué, hijo mío?—repuso el monje, con su sereno y reposado acento.—¿No sabe usted que la piedad de Dios es infinita, como las arenas del mar?; ¿no sabe que, para alcanzar su perdón, basta una palabra de contrición?; ¿que es bastante, para borrar una vida entera de maldades, un suspiro de arrepentimiento?

—Sí, lo sé, padre mío—dijo el Barón, cuyas abatidas facciones parecieron reanimarse;—pero ¡ay! que mi culpa es muy grande, y nunca como

hoy he sentido el peso de ella... Escuche usted—prosiguió, fijando sus ojos con ansiedad en la frente inclinada é invisible del religioso:—yo hice creer á una mujer que la amaba, y encendí en su corazón el volcán de una pasión ardorosa y fuerte...

El moribundo se detuvo y llevó las manos á la frente, como para detener allí el pensamiento que se le huía.

—Engañó usted á aquella mujer, ¿no es verdad? —dijo el confesor con voz temblorosa.

—Sí, la engañé...—contestó Alberto;—la engañé, padre. Era una mujer que sé hizo notable en la Corte por su extraordinaria hermosura y su riqueza... y tuve el capricho de que me amase... sin sentir yo nada por ella; mi crimen fué tan grande, que, al causar su desgracia, no me hizo desistir de mi intento ni aun la idea de que iba á hacer á la vez la de otro ser unido á ella con lazos indisolubles.

—Luego ¿era casada?...—preguntó el religioso con tan alterado acento, que llamó la atención del Barón.

—Sí, casada...—contestó clavando de nuevo sus ojos en la faz del monje; pero la blanca capucha, caída siempre sobre la frente, le impidió descubrir sus facciones.—El mundo—continuó—no pudo pervertir su corazón de ángel...; me amó, pero encerró en el fondo de su alma su cariño, murió antes que confesármelo... Entonces com-

prendí la sublime y heroica virtud de aquella alma que yo destrocé sin piedad... por un frívolo capricho de hombre emprendedor y temerario...

Dos gruesas lágrimas se desprendieron de los nublados ojos de Alberto; en cuanto al confesor, permaneció silencioso con las manos cruzadas sobre las rodillas.

—Dios me envió en vida el castigo de mi crimen—prosiguió el enfermo:—el esposo de la infeliz víctima volvió á Madrid, después de una larga ausencia... y en vez de la hermosa joven que dejó llena de vida, sólo encontró... un ataúd... y una carta.

—¿Era ésta?—exclamó de repente el religioso, sacando de su seno un papel arrugado que puso ante los ojos del moribundo.

—¡Ah!...—gritó éste, reconociendo al fin aquella voz, que sin duda había sido fingida hasta entonces.

Levantóse el confesor y fué á quitar la gasa que cubría la lámpara; después volvió cerca del lecho y echó atrás su capucha.

—¡El Marqués de Santa Fel!...—gritó de nuevo Alberto, incorporándose en el lecho y extendiendo las manos como para apartar una horrible visión.

—¿Me reconoces al fin?—exclamó el monje, quien, con los brazos cruzados sobre el pecho, parecía la imagen de la venganza.—¡Yo no podía creer á mi corazón, que me avisaba de la presen-

cia de mi enemigo, porque creía haberle muerto en las montañas de Aragón.

—¡No fué así, por mi mal!...—murmuró el Barón con sordo acento.—¡Ah! ¡Qué mucho no me reconocieras, cuando hace trece años que sufro en una continuá agonía!...

El religioso no escuchaba ya al pobre moribundo: á la viva luz que derramaba la lámpara, había distinguido, pendiente de la pared á los pies del lecho, un retrato de mujer de tamaño natural, que contemplaba con desgarradora expresión: representaba una dama con traje de amazona; mas por raro escrúpulo del modelo, ó por un capricho del artista, tenía un antifaz negro, que no permitía ver ni su mirada ni su sonrisa; solamente se descubría la parte superior de una blanca y serena frente guarnecida de rizos castaños. Tenía caído á los pies su sombrero de fieltro, rodeado de una pluma, y su espléndida cabellera caía en numerosos y gruesos bucles sobre sus hombros y espalda. Un traje verde, de elegante hechura, encerraba su talle esbelto y flexible; sobre el cerrado cuerpo del vestido llevaba vuelto un cuello liso, que dejaba ver el nudo y las dos puntas de una estrecha corbata de raso granate; en una de sus pequeñas y finas manos, cubiertas de un fino guante, tenía un látigo con puño de oro, y con la otra levantaba ligeramente la cola de su vestido.

Mudo, absorto contemplaba el religioso aquella

dulce y encantadora figura; con las manos cruzadas y los ojos clavados en el cuadro, parecía sumido en una especie de adoración, mientras que abundantes lágrimas bañaban sus pálidas y socavadas mejillas.

Tenía aquel hombre cuarenta años, aunque aparentaba muchos más. Toda la fuerza, toda la energía de aquella poderosa organización parecía haberse concentrado en sus grandes ojos pardos, cuya mirada era brillante como el acero bruñido; la extraordinaria flacura de su cara hacía que sus facciones, pronunciadas naturalmente, lo pareciesen mucho más; el color de su tez tenía el tinte amarillo del pergamino; el estrecho cerquillo de cabellos que coronaba su cabeza, era casi blanco, y su ancha frente se veía surcada de profundas arrugas.

Su alta estatura parecía más elevada á causa de su total carencia de carnes, y sus largas y demacradas manos tenían los diáfanos matices de la cera.

Había, sin embargo, mucha nobleza y dignidad en su figura, y se veía en su frente ese sello que Dios imprime en toda criatura nacida en noble cuna; quebrantaba el corazón verle llorar.

—¡Isabel!...—exclamó al fin, siempre mirando el retrato, y como si la inanimada pintura pudiese oírle.—¡Isabel! Yo grabé tu nombre adorado en el pecho de ese hombre con la punta de mi puñal, ¡y vive todavía!...

El religioso entreabrió la camisa de Alberto, y, en efecto, aquel nombre apareció esculpido, conociéndose que debía haberlo trazado un sangriento surco cicatrizado ya por el tiempo.

—¡Perdón!...—murmuró el agonizante con débil voz.

—¡Ya no soy aquí ministro de paz, Barón de Medina!—exclamó el religioso, en cuyos ojos brillaba un sombrío furor.—Escucha—prosiguió, inclinándose para que el desdichado Alberto oyese mejor sus palabras.—Yo me casé con una mujer á quien amaba como un loco, y de quien era tiernamente correspondido; al año de nuestro enlace tuve que separarme de ella, y tú aprovechaste mi ausencia para encender en su corazón el volcán de un amor culpable. ¿Y por qué? ¡Ay!—continuó el monje con desgarrador acento;—si hubieras sentido por ella una pasión vehemente, puede ser que te hubiera perdonado. Pero mentir el más noble y sagrado de los sentimientos; mentir con la creencia de que la perdías para siempre... eso es infame, ¡y no hay perdón para ti!... ¡Morirás sin confesión y sin que yo te absuelva!... ¡Morirás sin un sacerdote que encamine tu alma al seno de Dios, sin una palabra de consuelo!... ¡He aquí mi venganza!...

—¡Perdón!—repitió el moribundo.

—¡No, no hay perdón para ti! ¡Muere y condénate!...

El agonizante lanzó un gemido, y su cabeza

cayó inerte y lívida. Hubo un instante de silencio, durante el cual sólo se oyó el ronco estertor del que agonizaba.

Mas aquel último grito de agonía resonó en el alma del religioso, quien, á pesar suyo, se aproximó al lecho. Durante algún tiempo contempló aquel semblante, descompuesto por el sufrimiento y la terrible lucha que sostiene un alma al separarse del cuerpo que le sirve de cárcel. Poco á poco su fisonomía perdió algo de su terrible rigidez y se dulcificó su mirada.

—¡Va á morir!...—exclamó por fin, juntando fuertemente las manos sobre el pecho;—¡va á morir sin confesión..., infeliz!

Sus ojos no se separaban del moribundo, cuyo pecho levantaba una respiración anhelante y desigual. Poco á poco su mirada se cubrió de lágrimas, y en su fisonomía se pintó un tierno sentimiento de piedad.

—¡Soy débil delante de la muerte!—murmuró.—¿Qué os hicisteis, pensamientos de venganza tanto tiempo acariciados?... ¡Ah!—gritó estremecido, al observar que Alberto había quedado inmóvil;—¡agoniza... sí; se muere... y vos, Dios mío, me pediréis cuenta de esta alma que se condena por mí!...

—¡Perdón!...—murmuró el Barón sin abrir los ojos;—¡perdón!

Arrodillóse el monje, y elevó al cielo sus ojos con tristísima expresión: presentaba la imagen

fiel de un mártir, demandando al Señor fortaleza para soportar sus tormentos.

—¡Dios de bondad!—exclamó juntando las manos.—¡Dios mío, aceptad el sacrificio que os hago de mi venganza!... ¡Hoy soy ministro vuestro, y todos los intereses de la tierra deben desaparecer para mí!... ¡Perdonad, Señor, á este pobre pecador!... ¡Que sirvan mis tormentos de expiación á sus culpas, y recibid su espíritu en vuestro seno!

Calló el religioso inclinando la cabeza, y un torrente de lágrimas bañó sus pálidas mejillas.

—¡Y tú, Isabel—continuó, alzando de nuevo con trabajo su abatida frente,—sonríe desde esa mansión gloriosa que te conquistó tu largo padecer!... ¡Perdóname lo que te hice sufrir, como yo perdono al hombre que amaste!...

Levantándose después, se aproximó al lecho, y puso sus manos sobre la frente del enfermo.

—Yo te perdono en el nombre de Dios—dijo con voz solemne,—y en el mío también. Ya estás puro de toda mancha ante los ojos del Señor... Vete en paz.

Aquella solemne bendición pareció reanimar al moribundo: éste entreabrió débilmente los ojos y buscó con pena las manos del religioso, que llevó á sus labios casi helados ya. En aquel momento se abrió la puerta con violencia, y Margarita apareció en el umbral.

CAPÍTULO CUARTO

PROYECTOS DE VENGANZA

Margarita venía pálida y desmelenada; su vestido desgarrado, su semblante bañado en lágrimas y profundamente alterado, demostraban que se había arrancado á los esfuerzos de Marcela, y que era presa de una terrible aflicción. En vano la anciana quiso contenerla é impedirle pasar el umbral de aquella habitación: desprendióse de sus brazos y corrió al lecho, á cuyos pies se dejó caer arrodillada. Clavó sus extraviados ojos en el semblante de su esposo, y después ocultó el rostro entre las ropas del lecho, ahogada por amargos sollozos.

Incorporóse el moribundo con sumo trabajo y tomó una de las manos de Margarita, atrayéndola suavemente hacia sí. La joven se levantó y se acercó á la cabecera del enfermo.

—Margarita—dijo éste con voz casi ininteligible ya.—Margarita mía..., júrame hacer... lo que voy á pedirte...

Levantó la Baronesa la cabeza, y miró á su esposo con ansiedad, incapaz de proferir una palabra.

—Prométeme—continuó el Barón—que con-